

**LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA (1975-1982)**  
**¿Los valores prevalecientes impulsaron los cambios o los cambios generaron unos  
nuevos valores en la sociedad española?\***

**Carlos Alberto Montaner**

**Ensayo escrito para el seminario *Culture Matters Research Project*,  
celebrado en The Fletcher School de Tufts University. Marzo 26-27 de 2004.**

La hipótesis básica que da origen a este esfuerzo colectivo convocado por Lawrence Harrison y Samuel P. Huntington —y que yo comparto en gran medida—, consiste en que el tipo de gobierno (democracia, dictadura, teocracia, militarismo etcétera), y el desempeño económico de las sociedades, son el producto de la cultura prevaleciente, de los valores y de la cosmovisión sostenidos por una parte sustancial de la sociedad.

Una vez hecha esa afirmación se yergue ante nosotros un caso singular: España. Una nación de tradición católica e historia turbulenta —especialmente desde principios del siglo XIX—, cuyo estereotipo más difundido fuera de sus fronteras la asocia, como recuerdan los grabados de Goya, al dogmatismo y el autoritarismo, a la barbarie y el atraso. Sin embargo, en el curso de poco más de un cuarto de siglo, contado a partir de la muerte del dictador Francisco Franco en el invierno de 1975, el país se ha transformado en una monarquía constitucional, estable y democrática, con casi veintiún mil dólares de renta anual per cápita —el octavo más rico del planeta, con un 87% de la renta promedio de los quince países que hoy integran la Unión Europea—, dotado de una calidad de vida excepcional que lo coloca entre los más privilegiados en el mundo.

¿Qué sucedió? ¿Sin que nadie lo advirtiera se produjo un cambio cultural profundo en el seno de la sociedad española que generó súbitamente unos comportamientos diferentes? ¿Tuvo lugar una modificación fundamental en la estructura de valores de la mayor parte de los españoles y españolas? Mi impresión es que en nuestros análisis de la conducta política y económica de los pueblos solemos omitir el peso tremendo de la experiencia y

---

\* Ensayo escrito para el seminario *Culture Matters Research Project*, celebrado en The Fletcher School de Tufts University. Marzo 26-27 de 2004.

el aprendizaje en el cambio de las sociedades, y muy especialmente entre las clases dirigentes que son, en definitiva, las que adoptan un curso de acción que luego validan y asumen las grandes mayorías.

En todo caso, nuestro punto de comparación para establecer si una sociedad posee suficiente “capital social”, es democrática y conduce acertadamente sus asuntos económicos, parte del modelo anglo-norteamericano. Pero olvidamos que, antes de llegar a tener una democracia estable, en Inglaterra hubo largos periodos de intolerancia y persecuciones, terribles guerras civiles y religiosas, con reinas y reyes decapitados —algo que jamás sucedió en España, por ejemplo—, hasta llegar, finalmente, a la Revolución Gloriosa de 1689 y el inicio formal de una monarquía constitucional que gradualmente fue ensanchando la práctica democrática y facilitó (o no obstaculizó) el surgimiento de la revolución industrial. ¿Cambiaron los ingleses su cultura y sus valores a partir de ese momento o, simplemente, tras siglos de violencia y atropellos la clase dirigente aprendió su lección y adoptó formas civilizadas de solucionar sus conflictos y transmitir la autoridad?

Lo mismo puede decirse con relación a Estados Unidos. Es verdad que, a partir del triunfo de los independentistas contra Inglaterra, los norteamericanos inauguraron la más antigua y duradera república democrática moderna, pero ¿esto se debió a una tradición cultural propia de esa sociedad o a que heredaban unos valores y principios aprendidos de Inglaterra como consecuencia de esa previa historia de violencia y frustraciones padecida por los británicos?

Este ensayo intentará demostrar que la democracia y la prosperidad de que hoy disfruta España es la consecuencia de ese simple mecanismo de aprendizaje y su efecto sobre la clase dirigente: como los ingleses en 1689, como los japoneses y alemanes en 1945, los españoles, y muy especialmente los líderes y operadores políticos, aprendieron su lección. Pero esa interpretación de los hechos nos lleva inevitablemente a una inversión de las relaciones de causa y efecto: no es siempre una cierta cultura, rica en capital social, la que nos conduce serenamente a la democracia y la prosperidad. A veces sucede que la

sociedad, capitaneada por sus líderes, llega por tanteo y error a la conclusión de que tiene que modificar su conducta colectiva, y a partir de ese momento el éxito comprobado de esos nuevos comportamientos comienza a segregar valores y principios que eventualmente se transforman en capital social y le confieren solidez al sistema.

En todo caso, para los latinoamericanos este no es sólo un debate académico. La transición española a la democracia y a la prosperidad del Primer Mundo es un fenómeno tremendamente auspicioso para América Latina. Si se pudiera comprender el “milagro español” tal vez fuera posible repetirlo. Al fin y al cabo, varios países latinoamericanos fueron bastante más ricos que España a lo largo del siglo XX: Argentina, Uruguay, Venezuela, Chile y Cuba entre ellos. Y esta es una afirmación que corroboran no sólo las estadísticas más fiables, sino también el signo de las migraciones. A lo largo del siglo XX millones de españoles emigraron a estos países en busca de una vida mejor que la que podían encontrar en su propia nación.

En la segunda mitad del siglo XX esa tendencia comenzó a cambiar. A partir de los años sesenta, tras el establecimiento de una dictadura comunista en Cuba, los cubanos empezaron a emigrar rumbo a España. Al triunfo de la revolución, el per cápita de la Isla duplicaba al de España, pero muy pronto ese dato cambió de signo: hoy el per cápita de España es ocho veces el de Cuba.

Pero no fueron los cubanos los únicos latinoamericanos que viajaban a España en busca de una mejor forma de vida: los ecuatorianos, los argentinos y los colombianos, entre otros, en la medida en que se acercaba el siglo XXI, iban contemplando la emigración a España como la mejor opción posible para lograr un modo de vida aceptable, y si sólo han cruzado el Atlántico unos pocos centenares de miles con dirección a la “madre patria”, es porque los rigurosos controles migratorios han impedido un éxodo masivo.

¿Por qué ha sido posible el “milagro español”? Hay varias explicaciones, pero se hace indispensable aclarar primero el punto de partida de esta nueva España. Inevitablemente hay que hablar un poco de historia.

## Un poco de historia

Aquel noviembre de 1975 fue un mes especialmente tenso. El generalísimo Francisco Franco llevaba varias semanas gravemente enfermo y el país esperaba con bastante inquietud la muerte de quien había sido la figura dominante durante casi cuatro décadas. Exactamente, desde el verano de 1936, cuando encabezó el alzamiento contra la Segunda República, dando inicio a una cruenta guerra civil.

Las razones del desasosiego tenían cierto fundamento. Durante el largo período de su gobierno, el vasto aparato de propaganda franquista, en control casi total de los medios de comunicación, había subrayado una y otra vez, aparentemente hasta convencer a una buena parte de la población, las virtudes del modelo autoritario impuesto por los triunfadores de la guerra civil (1936-1939) y la imposibilidad casi biológica o metafísica que tenían los españoles de convivir con arreglo a las normas democráticas. Franco, incluso, había acuñado una expresión que resumía su juicio pesimista sobre la naturaleza psicológica de los españoles: eran víctima de *los demonios familiares*.

¿Cuáles eran esos “demonios familiares”? Según Franco, la tendencia a la anarquía, a la desunión y al separatismo. Sin una mano fuerte que los controlara, los españoles derivarían fatalmente hacia el caos y la violencia, atmósfera social en la que eran imposibles el desarrollo sostenido y el progreso. En cierta medida, Franco era un pesimista seguidor de Hobbes o un “déspota ilustrado”, como se calificó en el siglo XVIII a los autócratas comprometidos con la prosperidad de sus súbditos, aunque tuvieran que imponerla por medios drásticos.

En rigor, había antecedentes históricos que justificaban las sospechas de Franco. Una buena parte del siglo XIX español había transcurrido entre revoluciones, guerras civiles – las llamadas guerras carlistas– y levantamientos militares. En 1868 había sido destronada la dinastía de los Borbones –instaurada en 1700 tras una guerra terrible librada en medio planeta–, sustituyéndola un monarca importado de Italia, Amadeo de Saboya, pero sólo

como un breve preámbulo a la instauración de la Primera República, inaugurada en 1871 y hundida en el caos y la fragmentación del país sólo dos años más tarde.

A partir de 1873, restaurados los Borbones en el trono, y hasta 1923, España había disfrutado medio siglo de estabilidad política dentro de un modelo imperfecto de Monarquía constitucional, adulterado por el caciquismo y la corrupción y amargado por las cruentas guerras coloniales en Cuba. Pero los desórdenes crecientes, azuzados por una violenta izquierda anarquista, provocaron un golpe militar, dirigido por el general Miguel Primo de Rivera, con el respaldo del Rey Alfonso XIII y de una buena parte de la población que pedía “mano dura” para poner fin a la violencia callejera.

Era el primer tercio del siglo XX, la visión liberal de la centuria anterior había perdido su atractivo y dos fuerzas emparentadas, ambas derivadas del socialismo, se enfrentaban violentamente en Europa: fascismo y comunismo. De manera que cuando Primo de Rivera, tras ocho años de gobierno militar, puso fin a su dictadura, y poco después tuvieron lugar unos comicios municipales ganados por socialistas y republicanos, de nuevo entró en crisis el modelo político español, y otra vez volvió a desaparecer la dinastía de los Borbones y la institución de la monarquía. El rey Alfonso XIII se embarcó rumbo a Italia acompañado por su familia, y nunca más volvería a España, aunque jamás renunció formalmente al trono. En Roma, en el exilio, años más tarde, en 1938, le nacería un nieto, hijo de D. Juan de Borbón y Battenberg, Conde de Barcelona, al que le pusieron por nombre Juan Carlos.

En 1931, en fin, surgió la Segunda República, que tendría en su aparato militar al general más joven de Europa: un gallego silencioso, de corta estatura y aspecto poco marcial, pero con experiencia y prestigio adquiridos en las guerras coloniales del norte de África, en donde había dado muestras de un valor personal cercano a la temeridad: Francisco Franco Bahamonde. “Franquito”, como le decían sus escasos amigos, no dio muestras de sentirse demasiado perturbado ante el nuevo rumbo que tomaba la nación. Incluso uno de sus hermanos, piloto de aviones, era un entusiasta republicano.

Sin embargo, muy pronto los conflictos sociales comenzaron a multiplicarse peligrosamente, desembocando con frecuencia en hechos violentos. El Partido Comunista y el Partido Socialista, que entonces tenía un ala claramente prosoviética, y las centrales sindicales más fuertes, preconizaban la lucha de clases y generaban huelgas salvajes. A la “dialéctica de la lucha de clases” preconizada por los comunistas, los fascistas españoles, llamados “falangistas”, respondían a su vez con la “dialéctica de las pistolas”, como afirmaba José Antonio Primo de Rivera, carismático abogado, hijo del general antes mencionado. Y junto a esta batalla entre grupos que propugnaban dos modelos autoritarios de Estado, otras dos zonas de conflicto enfrentaban con cierta ferocidad a los españoles: los separatismos nacionalistas y el anticlericalismo.

En efecto, crecía el independentismo entre catalanes y vascos, mientras se multiplicaban las agresiones a curas, monjas y templos católicos —más de trescientos incidentes graves durante los ocho años que duró la Segunda República—, debidas generalmente a grupos anarquistas que culpaban al clero de haber estado siempre al servicio de los poderosos y en contra de los intereses del pueblo oprimido.

Ese clima de fricciones y crispación llegó a su primer clímax en 1934, cuando se produjo un levantamiento armado en Asturias, alentado por el ala más radical de los socialistas, que puso en jaque al gobierno republicano. Para sofocarlo, las autoridades españolas llamaron al más enérgico de sus generales, el entonces joven Francisco Franco, quien, en efecto, terminó a sangre y fuego con la insurrección, granjeándose de inmediato fama de hombre duro “a quien no le temblaba el pulso” cuando tenía que dictar medidas draconianas contra los responsables de desmanes o desobediencias indebidas.

Pero el episodio de Asturias fue sólo el preámbulo de lo que sucedería en el verano de 1936. Poco después del asesinato del parlamentario conservador José Calvo Sotelo, atribuido a los radicales de izquierda, el general Franco, junto a otros militares de alto rango, quien dos años antes había contribuido a salvar a la República, el 18 de julio encabezó un golpe militar que la liquidó, precipitando al país en una cruenta guerra civil que costó varios cientos de miles de muertos, en lo que sin duda fue un ensayo general

para la segunda guerra mundial. Aliados al bando de los “Nacionales” —el de Franco—, militaron los fascistas de Mussolini y los nazis de Hitler, mientras los “republicanos” o “rojos” —según quien hiciera la descripción—, junto al apoyo de demócratas de izquierda, tuvieron el auxilio de la URSS de Stalin y de decenas de agrupaciones comunistas de todo el mundo, cuyos representantes lucharon incardinados en las Brigadas Internacionales.

En 1939, cuando “estalló la paz”, como escribiera el novelista José María Gironella, los triunfadores de la contienda, que se percibían como los últimos cruzados de la cristiandad, con Franco a la cabeza, compartían una visión histórica que los acompañaría durante décadas: con el levantamiento de 1936, suponían, habían salvado la unidad de España y al catolicismo, y habían conquistado la paz social. Pero junto a esta evaluación de su propia hazaña histórica, Franco abrigaba un sombrío diagnóstico sobre sus compatriotas: los españoles, sencillamente, no estaban hechos para la democracia y el disfrute de los derechos humanos y las libertades civiles porque la historia “demostraba” que cada vez que se les soltaba la rienda, las fuerzas centrífugas que operaban en el seno de la sociedad destruían la vida en común. Había ocurrido en 1808 tras la invasión de Napoleón, en 1873 cuando se hunde la Primera República, y en 1936, cuando el caos de la Segunda República —a la que le toca convivir con la depresión mundial de los años treinta— da paso a la guerra civil. A esos “demonios familiares” que destruían la convivencia entre los españoles sólo se les podía controlar a “palo y tente tieso”, para propia gloria y beneficio de la nación.

En consecuencia, con esta melancólica visión de la historia, el régimen que surge en España tras la victoria de Franco será de carácter totalitario, con un solo partido político, popularmente llamado “el Movimiento”, una ideología católica-conservadora que nadie podía poner en duda públicamente, e ideas económicas adquiridas del fascismo y de cierta tradición española que provenía de fines del siglo XIX: centralismo, autarquía, nacionalismo económico, proteccionismo, y un rol destacado como empresario para el Estado, considerado motor y guía de la economía nacional.

Incluso en su lecho de muerte, Franco redacta su testamento-declaración para el pueblo español e insiste en su visión de último cruzado católico sacrificado por la unidad de la patria. Les pide a sus compatriotas que respalden al monarca Juan Carlos, designado como sucesor constitucional en la jefatura del Estado, y advierte con gran preocupación: “No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta”.

### **Los “fantasmas familiares” se debilitan**

¿Qué sucedió con esa fatalista visión de los españoles y de la historia de España que tenían Franco y sus seguidores? Ocurrió que, poco a poco, en la medida en que cambiaban el panorama nacional e internacional, la realidad española se fue alejando de las percepciones y estereotipos de los triunfadores de la Guerra Civil y de una parte sustancial de la castigada sociedad de aquellos años.

El primer mazazo fue la derrota del eje-nazifascista en 1945. Aunque España era oficialmente neutral, los aliados percibían al régimen franquista como colaborador de Hitler y Mussolini, y en 1945 el país no fue admitido en la recién creada ONU ni se le adjudicaron fondos del Plan Marshall, mientras se les pidió a los embajadores de las naciones adscritas a la ONU que se retiraran del país. Fue una época de aislamiento internacional, apenas aliviado por las buenas relaciones de Madrid con la Argentina de Juan Domingo Perón y con la satrapía dominicana de Rafael Leonidas Trujillo.

Pero este rechazo internacional comenzó a ceder en 1953 con el pacto entre Madrid y Washington para el establecimiento de bases militares norteamericanas. En 1955, finalmente, a tenor de la “Guerra fría”, España fue aceptada en la ONU como miembro de pleno derecho, mas a lo largo de todo ese proceso los españoles recibieron el clarísimo mensaje de que el tipo de gobierno que tenían era visto con gran repugnancia no sólo por los comunistas, encabezados por la URSS, sino también por lo que entonces, dentro de los códigos ideológicos de la época, se llamaba “el mundo libre”.

Por otra parte, el panorama social y económico de la postguerra española era bastante lamentable. El modo de vida, por lo regular, era sórdido e incómodo. La pobreza y el desabastecimiento eran la norma en el país a lo largo de la década de los cuarenta y cincuenta, mientras llovían noticias sobre el fantástico “milagro alemán” o japonés que deslumbraba a los economistas. Incluso, otros países menos citados y muy afectados por la Segunda Guerra, lograban un desempeño económico mucho mejor que el de España: mientras los españoles entre 1946 y 1950 sólo consiguieron multiplicar su producción industrial por 1.1, Italia la multiplicó por 1.7, Grecia por 2 y Yugoslavia por 2.2. Comenzaba a resultar evidente que la terapia franquista para eliminar la pobreza en España y conseguir el desarrollo del país no era la adecuada.

La cúpula dirigente del franquismo advierte el retraso español con relación a otros países de la cuenca mediterránea e inicia un cauteloso proceso de apertura al exterior que rápidamente empieza a mostrar resultados. Al principio, sólo se trata de no estorbar a las fuerzas productivas, pero en 1957 se produce un giro ideológico: salen del gobierno los ministros falangistas del campo económico y entran unos tecnócratas vinculados al *Opus Dei*, distanciados del pensamiento fascista. Dos años más tarde, en 1959, formulan, y Franco lo aprueba, un Plan de Estabilización y Liberalización que profundiza los lazos con el exterior: España se abre al mercado y reduce el papel dirigista del Estado. En esencia, comienzan a mirar hacia la Europa democrática y copian su modelo de conducción de la economía. En ese punto de la historia, el PIB por habitante de España era el 58.3 % de la media de Europa occidental. A partir de ese momento se desata el primer “milagro español”. Dieciséis años más tarde, en 1975, cuando muere Franco, alcanzará el 79.2.

¿Fue sólo la sagacidad de los tecnócratas del franquismo lo que propició este espectacular cambio? No: los tecnócratas tuvieron la honradez intelectual de admitir el error de los presupuestos teóricos originales del régimen de Franco, mientras el Caudillo —como le llamaban al general— tuvo la flexibilidad de no aferrarse a criterios dogmáticos en estos asuntos. Eso, al menos, es lo que se desprende de las palabras del respetado ensayista y

economista Joaquín Estefanía, publicadas en el periódico *El País* de Madrid el 3 de mayo de 1998:

*El mismo año [1957] que Franco cambia de Consejo de Ministros se firma el Tratado de Roma, que consagra el Mercado Común de los seis países pioneros: Italia, Francia, Alemania, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Pocos meses después, y con el aval del embajador de Estados Unidos en Madrid, John David Lodge —que deseaba incorporar a España al escenario internacional, como aliado en la guerra fría—, nuestro país ingresa en el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, y la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE, antecedente de la OCDE). En 1959, la OECE daba a luz su primer informe sobre la economía española, en la que se pedía una estabilización. Según cuenta el historiador Ángel Viñas, al mismo tiempo, “encerrado en una habitación del hotel Palace madrileño, el director del Departamento Europeo del FMI, Gabriel Ferré, había perfilado la filosofía económica del cambio de rumbo; esta parte de su borrador, con pequeñas variantes de estilo y complementos indispensables, fue asumida enteramente por el gobierno español en el memorándum que, con fecha 30 de junio, dirigió oficialmente a los organismos económicos internacionales y, previamente, a las autoridades norteamericanas”.*

### **Un país de dos velocidades: una económica y otra política**

Pero la apertura económica, que entre 1959 y 1975 propició tasas de crecimiento anual de hasta el 7%, no se correspondía con la apertura política. Franco estaba mucho más dispuesto a admitir modificaciones en la conducción económica del país que en el terreno político. ¿Por qué? Porque, en realidad, Franco no tenía ideas muy claras en materia económica, pero, en cambio, estaba convencido de que conocía profundamente la psicología colectiva de sus compatriotas. Él no era, como Mussolini, un ideólogo fascista, sino un militar de cuartel, amante del orden, entendido éste como sumisión total a un poder verticalmente organizado en beneficio de la sociedad. Podía entregarle a otros la llave de la tesorería, pero no el control de los calabozos.

Sin embargo, Franco pretendía que su régimen no desapareciera con su muerte, sino que se prolongara *sine die*, de manera que desde los años cincuenta comenzó a diseñar las instituciones adecuadas a ese fin. La primera de ellas, por supuesto, era la jefatura del Estado. ¿Quién lo iba a sustituir al frente de España cuando él no estuviera entre los vivos? Como había triunfado contra la República, que le parecía una receta para el caos, le pareció que lo más indicado era restaurar por segunda vez la monarquía, pese al poco crédito de la institución, y muy especialmente de la dinastía borbónica. Pero había un inconveniente adicional: el heredero natural de la Corona, el Conde Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII, le parecía demasiado liberal y demasiado prooccidental, como había demostrado durante la Segunda Guerra con sus claras simpatías por los Aliados, así que eligió como su posible reemplazo al primogénito de éste, Juan Carlos, entonces un espigado adolescente de apenas diez años, y pidió que se lo enviaran para educarlo dentro de la visión histórica e ideológica de su régimen. Su hipótesis consistía en que el joven Borbón, “correctamente” formado por preceptores sabiamente escogidos, llegaría a ser un católico conservador, refractario a los valores liberales y poco amigo de la democracia occidental. Franco, que no había tenido hijos varones, trataba de “clonarse” para perpetuar su régimen y, cuando hablaba del futuro, solía asegurar que estaba “atado y bien atado”.

Cuando Franco cree que los pedagogos y tutores ya han concluido su tarea formativa, designa oficialmente a Juan Carlos, entonces con 30 años, como sucesor en la jefatura del Estado. Eso sucede en 1969. Franco ya es un anciano y padece algunas enfermedades propias de la edad. Pero en la medida en que ve más cerca su propio final, en junio de 1973 intenta tomar algunas medidas que garanticen la supervivencia del régimen y nombra al frente del gobierno al Almirante Luis Carrero Blanco, un franquista incondicional que sostiene su misma visión de España. Franco está inquieto por el aumento gradual de los actos terroristas cometidos por los separatistas radicales vascos de ETA y supone que Carrero Blanco sabrá enfrentar ése y otros peligros desestabilizadores que le parece descubrir en el horizonte.

Esa voluntad de inmovilismo exhibida por Franco, no obstante, tenía un enemigo formidable: la Comunidad Económica Europea. La Europa occidental surgida tras la Segunda Guerra, horrorizada por las masacres causadas por los gobiernos totalitarios, no estaba dispuesta a tolerar en su seno Estados que no fueran democráticos y respetuosos con los derechos humanos. Así que cuando España, en 1962, entusiasmada por el éxito de la reforma económica emprendida tres años antes, trató de acercarse a la CEE, cortés pero firmemente le explicaron que tal cosa no era posible mientras el país tuviera un régimen político como el franquista.

Para la clase dirigente franquista, especialmente para los más jóvenes, que tenían una menor carga ideológica y no habían vivido la Guerra Civil con la misma intensidad y pasión, ese rechazo fue una señal clave. Ya sabían que sin democracia no habría integración con la Europa pujante que estaba surgiendo, y tampoco ignoraban que ese aislamiento, aunque fuera parcial, limitaba grandemente las posibilidades de desarrollo del país. En consecuencia, dentro del gobierno fue cobrando fuerza una tendencia reformista y europeísta en la que se identificaban algunas figuras: José María de Areilza y Manuel Fraga Iribarne eran dos de las más destacadas.

En la oposición —entonces ilegal, perseguida, pequeña y escasamente eficaz— comenzó a ocurrir un fenómeno parecido. El Partido Comunista de España, que hasta mediados de los años sesenta había sido dócilmente seguidor de la URSS, percibió que el discurso político del comunista italiano Enrico Berlinguer, defensor del “eurocomunismo”, era muy conveniente, y comenzó a desviarse hacia posiciones más moderadas. Los comunistas que vivían en las naciones occidentales —afirmaban— no tenían que reivindicar el modelo soviético y podían aceptar las reglas de juego democráticas. Andando el tiempo, Santiago Carrillo, dirigente del PCE, llegaría a escribir un libro en torno al tema: *Eurocomunismo y Estado*.

Los socialistas y los liberales, por su parte, también se dieron cuenta de que la integración en Europa podía ser la salvación de los opositores. A su manera, socialistas y liberales compartían con Franco la idea de que la sociedad española vivía bajo el asedio

permanente de “demonios familiares”, sólo que para ellos esas criaturas nefastas eran distintas a las que Franco creía percibir. Para los socialistas y liberales los demonios que martirizaban a los españoles e impedían su convivencia armónica eran el militarismo, el autoritarismo y el dogmatismo, azotes que siempre acababan imponiéndose a la sociedad. Para ellos, unirse a Europa era una forma de sujetar fuertemente estas tendencias. José Ortega y Gasset lo había escrito proféticamente en 1910: “España es el problema; Europa, la solución”.

### **La Iglesia y los católicos cambian**

Otro de los factores de hostilidad y desunión que habían crispado a la sociedad española desde principios del siglo XIX había sido el catolicismo. España fue el último país de Europa en abolir la Inquisición (1834) y la esclavitud (1886), y tal vez fue la nación donde los católicos se opusieron con mayor vigor el proceso de secularización que tuvo lugar en todo el viejo continente tras la Revolución Francesa. Esa resistencia, muchas veces sangrienta, dio lugar a la aparición de un anticlericalismo, también violento, que llevó a Miguel de Unamuno a exclamar que “los españoles siempre marchan detrás de los curas: unas veces con velas y otras con hachas”.

Franco, además, había llegado al poder al frente de una alianza que incluía católicos, falangistas y —además— ciertos liberales desencantados con los excesos de la República. Entre esos excesos —algunos de ellos ocurridos incluso antes de la Guerra Civil— estaba el asesinato de varios centenares de sacerdotes y monjas, así como la profanación de templos, hechos que propiciaron una fuerte alianza entre el general gallego y la jerarquía eclesiástica que había visto en el Caudillo al salvador de la Institución.

Esta alianza entre Franco y el catolicismo, naturalmente, provocaba el rechazo de la oposición, pero esos vínculos comenzaron a debilitarse en la medida que en el seno de la Iglesia, fundamentalmente en Roma, se inició un enérgico giro hacia lo que pudiéramos llamar, con cierta licencia, “la izquierda”. En efecto, como sucedió en Francia, cuna de

este movimiento, ya en la década de los cincuenta comenzaron los “curas obreros” españoles a convivir con el proletariado en los barrios marginales, y muchos de ellos adoptaron ideas provenientes del marxismo en las que no encontraban grandes discrepancias con cierta interpretación muy laxa de la “Doctrina Social de la Iglesia”.

Tras la muerte de Pío XII en 1958 resultó electo papa Juan XXIII, y con él se profundizó el cambio ideológico de la Iglesia católica, resultado del Concilio Vaticano II, convocado, precisamente, para poner al día a la institución en materia social y política. Muerto Juan XXIII en 1963, aún antes de terminarse el Concilio, Pablo VI fue elevado al trono de San Pedro, y entre las Encíclicas que promulgó hubo una, *Populorum Progressio*, cuya visión del desarrollo económico no distaba mucho de la que entonces mantenían los sindicatos clandestinos que se iban organizando en España.

No es nada extraño, pues, que Pablo VI en 1969 nombrara al obispo Enrique Tarancón Cardenal Primado de España, distinción que *de facto* lo convertía en la cabeza de la jerarquía católica, pero ese nombramiento tenía una obvia intención política: Tarancón representaba una tendencia claramente antifranquista dentro del clero español y resultaba obvio que el Vaticano quería distanciarse públicamente del gobierno de Madrid. La vieja alianza entre el Caudillo y el catolicismo quedaba oficialmente rota. Pocos años más tarde, en 1975, cuando el propio Pablo VI trató de interceder ante Franco para que no se ejecutara a unos presos políticos anarquistas condenados a muerte, el general no le respondió la llamada telefónica. Franco vivía sus últimos meses de vida y no renunciaba a su acendrado catolicismo, pero pensaba que la Iglesia había caído en manos equivocadas.

### **Muere Franco y comienza la transición**

En la noche del 20 de noviembre de 1975 toda las emisoras de radio de España comenzaron a transmitir música sacra. En la televisión, puesta en cadena, un nervioso y conmovido locutor anunció la muerte del Caudillo. Llevaba un mes agonizando sin esperanzas y el país aguardaba inquieto la noticia. Enseguida, el entonces jefe de

gobierno, Carlos Arias Navarro, abogado y ex Ministro de Gobernación con fama de represor, apareció lloroso ante las cámaras y aseguró que el régimen fundado por Franco, en homenaje a su memoria, se mantendrá inalterable.

Arias Navarro había llegado a la jefatura del gobierno tras el asesinato de Carrero Blanco, volado por los terroristas de ETA en diciembre de 1973 mediante una poderosa carga explosiva colocada en una céntrica calle de Madrid en el trayecto que habitualmente tomaba el Almirante para asistir a misa. Y había debutado con un discurso levemente conciliador que sólo los observadores más generosos se atrevieron a calificar de “reformista”, pero en el que todos comprendieron que, con la excepción de Franco, prácticamente nadie situado en el primer anillo de poder podía creer que el régimen sobreviviría demasiado tiempo sin grandes cambios estructurales que lo alejaran de la mitología de los años treinta en que se había forjado.

Pero si Arias Navarro no era, realmente, un franquista reformista, otros políticos de relieve cercanos al gobierno sí estaban convencidos de la necesidad de impulsar los cambios cuanto antes, desde la cúpula, para evitar que la reforma surgiera violentamente impulsada desde la base. Entre ellos estaban Manuel Fraga, José María de Areíza, Pío Cabanillas y Alfonso Osorio. Meses antes del fallecimiento de Franco habían respaldado una reforma que permitía la existencia de asociaciones políticas distintas al oficialismo. Curiosamente, en 1975 un joven y poco conocido abogado vinculado al Movimiento, llamado Adolfo Suárez, parecía recorrer el camino inverso y era nombrado Presidente Coordinador de la Unión del Pueblo Español. Era todo un *apparatchik* al servicio de la maquinaria totalitaria. En ese momento no aparecía en ninguna lista de políticos reformistas.

Inmediatamente tras la muerte de Franco, Juan Carlos es investido por las Cortes —el Parlamento— como Rey de España. En las calles se escuchan muchas burlas. Le llaman “Juan Carlos el Breve” y son bastantes los que aseguran que no podrá sostenerse en el poder. Tiene que jurar los principios fascistoides de la legalidad vigente. Lo hace, pero está secretamente convencido de que la estabilidad del país y el destino de la Corona

radican en fundar una democracia constitucional y democrática, anclada en los valores liberales y firmemente aliada a las grandes naciones occidentales. Probablemente, le debía esta convicción a la influencia de uno de sus tutores más inteligentes: Torcuato Fernández Miranda, a la sazón presidente de las Cortes, un conservador notablemente perspicaz y con una indudable capacidad para la intriga política.

El primer gabinete de gobierno formado por el Rey incluye a varios franquistas del ala reformista, pero hay un escollo: se mantiene a Carlos Arias Navarro como Presidente. Hay que salir de él si se quiere llevar adelante la reforma. Torcuato Fernández Miranda tiene y le propone al rey un sorprendente candidato para reemplazar al viejo franquista: Adolfo Suárez. Por alguna razón, le ha visto las cualidades psicológicas necesarias para encabezar la transformación política del país. El rey se deja guiar por el instinto político de su viejo maestro.

En julio de 1976 Juan Carlos I le pide la dimisión a Carlos Arias Navarro y nombra a Adolfo Suárez. La sustitución es vista con escepticismo por los franquistas reformistas, que no lo respetan en el orden intelectual, y por la oposición, que piensa que es sólo una variante del mismo tema. Pero inmediatamente se advierte que no es así: Suárez dicta una amnistía y más de cinco mil presos y detenidos políticos son puestos en libertad. A continuación, comienza una intensa labor de persuasión entre los parlamentarios para que acepten una reforma política total que pondría fin al régimen franquista y sentaría los cimientos de una democracia pluripartidista.

Finalmente, el 18 de noviembre, hábilmente guiadas por Torcuato Fernández Miranda, las Cortes franquistas, como entonces se dijo, se hacen el *harakiri* y más de las tres cuartas partes de sus miembros votan la ley de reforma política, que incluye la disolución de la institución y la convocatoria a elecciones generales. Previamente, el pueblo debe aprobar los cambios mediante un *referéndum*. La consulta recibe la conformidad del 94% de los que asisten a votar. Sin embargo, todavía no puede hablarse de democracia total. Entre otras cosas, el Partido Comunista sigue siendo ilegal. Tras varias semanas de tensiones y desórdenes callejeros, en las que unos pistoleros franquistas asesinan a varios

abogados laboristas adscritos al Partido Comunista, en abril de 1977, finalmente, se legaliza la existencia de esta formación marxista. En ese momento era el partido de oposición más vasto y mejor organizado de España.

La transición va a velocidad de crucero. En junio se llevan a cabo las elecciones generales y vence la Unión del Centro Democrático, una coalición de reformistas, liberales, conservadores y democristianos creada *ad hoc* por Adolfo Suárez, muchos de ellos de procedencia franquista. Los socialistas ocupan holgadamente la segunda posición. El Partido Comunista entra al parlamento con 20 diputados y el 9% de los votos. Ya forma parte del sistema. Acepta tácitamente la monarquía. Pocos meses después, renunciará oficialmente al leninismo. Dos años más tarde, los socialistas, forzados por Felipe González, rompen públicamente con la ideología marxista. Lo que está sucediendo es una convergencia hacia el centro de todo el espectro político.

Simultáneamente, los sindicatos, los políticos y los empresarios se reúnen en la Moncloa —como se llama en España a la casa de gobierno— para buscar una forma de consenso. La muerte de Franco y los cambios políticos coincidieron con un ciclo económico recesivo, agravado por la crisis energética mundial de 1973 y el periodo de inflación que le siguió. Aumentaba el desempleo de forma alarmante y se disparaba el déficit público. Todos entendían que, si la crisis económica se iba de las manos, el cambio político podía abortar. En las fuerzas armadas había numerosos militares inconformes con lo que estaba sucediendo y se sabía de sospechosos movimientos subversivos en los cuarteles. Ante estos peligros, muy responsablemente, los sindicatos y la patronal moderaron sus respectivas demandas, la inflación comenzó a ser controlada y el país respiró aliviado. A esos acuerdos se les llamó “los Pactos de la Moncloa”.

Tras la aprobación de la nueva Constitución, en marzo de 1979 de nuevo se convocó a elecciones y se repitieron más o menos los mismos resultados de las anteriores. La Constitución incluía un intenso proceso de descentralización del poder, al consagrar la existencia de 17 regiones autonómicas, cada una con su parlamento y numerosas competencias. La “España unida” de Franco daba paso, en la práctica, a una España casi

federada, formada por entidades autónomas que, de manera creciente, asumían el control y la gestión del gobierno local. Era una forma paradójica de enfrentarse al separatismo.

A Suárez, sin embargo, lo acosan las divisiones dentro de su partido y en enero de 1981 presenta su dimisión y lo sustituye Leopoldo Calvo Sotelo, sobrino nieto del diputado conservador José Calvo Sotelo asesinado en 1936. No obstante, durante la ceremonia de investidura se produce un peligroso intento de golpe militar. Una unidad de la guardia civil toma el parlamento y retiene por la fuerza a los congresistas, incluidos a Calvo Sotelo y Adolfo Suárez. Otros cuerpos rebeldes del ejército se mueven en diversas provincias. Pero el rey salva la situación manteniendo una actitud firme y denunciando a los sediciosos. Era el último coletazo del franquismo. Cuando se anuncia el fracaso de los golpistas, millones de españoles jubilosos se lanzan a las calles en la mayor manifestación política que recuerda el país.

El grave incidente del golpe acelera una decisión que ya se había tomado: ingresar en la OTAN. El razonamiento era muy simple, aunque nunca se esgrimía públicamente: la OTAN no sólo servía para enfrentarse colectivamente a la amenaza soviética. También era útil para encerrar a los militares dentro de una superestructura castrense en la que no se toleraban comportamientos antidemocráticos. En junio de 1982, de la mano del presidente de gobierno Leopoldo Calvo Sotelo, España ingresaba en la institución.

Ese mismo año, en octubre, se realizan nuevas elecciones y el Partido Socialista Obrero Español obtuvo la mayoría absoluta. Felipe González se convertía en presidente de gobierno y de alguna manera se cerraba el ciclo de la transición. La derecha reformista había transmitido la autoridad pacíficamente a una izquierda que no pretendía cambiar el modelo de Estado, sino perfeccionarlo y gobernar acertadamente. En general, la clase dirigente había llegado a un consenso sobre cómo debía administrarse el país con todos y para el bien de todos, y lo que quedaba abierto a debate eran detalles técnicos y no cuestiones de fondo, salvo en el espinoso tema de las nacionalidades y el alcance de las autonomías.

El espectáculo era casi asombroso. A partir de 1975, inesperadamente, la Corona optó por la democracia, la derecha dejó de ser franquista, militarista e intolerante, los comunistas abandonaron el leninismo, los socialistas renunciaron al marxismo, los sindicatos cancelaron la lucha de clases y la Iglesia católica bendijo el proceso. De los viejos demonios familiares sólo quedó uno vivo y amenazante: el separatismo nacionalista, pero incluso ése no parecía capaz de descarrilar el proceso democrático.

### **¿Por qué tuvo éxito la transición española hacia la democracia y la prosperidad?**

A riesgo de ser reiterativos, es posible enumerar doce elementos que en gran medida explican esta historia, hasta ahora, feliz y ejemplar:

- Pese a que la Guerra Civil había terminado en 1939, su recuerdo terrible aún permanecía vivo en la memoria colectiva y casi nadie deseaba arriesgarse a provocar una reanudación de ese proceso.
- Durante los casi cuarenta años franquistas de gobierno de mano dura, la sociedad española se hizo más dócil y obediente a las reglas y a la autoridad.
- En 1975, en el mundo había desaparecido el enfrentamiento entre fascistas y comunistas propio de los años treinta, y lo que existía era una rivalidad entre las democracias capitalistas, encabezadas por Estados Unidos, y las dictaduras comunistas, encabezadas por la URSS. El franquismo era un anacronismo político sin referencias ni asideros contemporáneos en el momento en que desaparece el caudillo que lo fundara.
- En 1975, cuando muere Franco, casi el ochenta por ciento de los españoles eran dueños de su vivienda, en los bancos existían varios millones de cuentas privadas de ahorristas, habían surgido amplísimas clases medias, apenas existía pobreza extrema, y el país tenía el nivel de vida más alto de toda su historia. Es decir, prevalecían razones objetivas que inclinaban a la prudencia y rechazaban cualquier salto en el vacío.
- A partir del Plan de Estabilización de 1959, tras dieciséis años de crecimiento vigoroso, era evidente que la economía de mercado y la apertura comercial funcionaban correctamente y se habían debilitado las propuestas radicales de los

marxistas. Por otra parte, el fracaso del primer franquismo (1939-1959) había desacreditado al Estado dirigista y centralizador que preconizaba el nacionalismo económico, propio de las dictaduras fascistas.

- Primero la Comunidad Económica Europea y luego la Unión Europea funcionaron como un modelo y como un foco de atracción que exigía comportamientos democráticos en el terreno político y una franca adscripción al capitalismo moderno en el económico. Si España quería estabilidad política y prosperidad, tenía que pasar por el aro democrático y por la integración al mundo desarrollado. Estados Unidos también influyó enérgicamente en la misma dirección.
- El rey Juan Carlos comprendió que, para reinar, tenía que legitimar sus derechos mediante una revalorización de su propia dinastía —la casa de los Borbones—, muy desprestigiada por los errores de su abuelo Alfonso XIII y de su tatarabuela Isabel II. Ese “milagro” sólo lo podía lograr convirtiéndose en el padre de la democracia para los españoles, alejándose rápidamente de los orígenes franquistas de su autoridad. Para ello, tenía que dejar de ser la cabeza simbólica de la derecha española y pasar a serlo de todos los españoles, incluida la izquierda. Cuentan las personas bien informadas que, en los inicios de la transición, hubo una reunión secreta entre el monarca y Felipe González, líder del PSOE, un partido republicano y de izquierda, y Juan Carlos le hizo la siguiente observación: “Felipe, para que tú llegues a gobernar, necesitas de mí; como yo necesito de ti para reinar.”
- La derecha española, al menos la reformista e ilustrada, comprendió que la alternativa era muy clara: o se encerraba en un “búnker” ideológico y político aferrada al viejo franquismo, con lo cual perdía el camino de la modernidad y el progreso, o encabezaba los cambios y se reinventaba a sí misma dentro de un modelo democrático. Optó por la segunda opción.
- Los comunistas se enfrentaron a un dilema parecido: si insistían en procurar la demolición del Estado burgués e instaurar una “dictadura del proletariado”, como en las tiranías del Este de Europa, calcadas de la URSS, fortalecerían al ala recalcitrante del franquismo y asustarían a una sociedad que no deseaba

enfrentamientos sino acuerdos. Eligieron la moderación y la cooperación con los reformistas y con la Corona.

- Los socialistas españoles, guiados por Felipe González, quien tenía fuertes (aunque discretas) convicciones anticomunistas, se apartaron de los esquemas radicales del socialismo español de los años treinta y trataron de homologarse con los laboristas ingleses o los socialistas suecos. Si los socialistas ingleses y suecos podían convivir con la monarquía y la economía de mercado, no había razón alguna para que los socialistas españoles fueran diferentes.
- La Iglesia católica, que desde principios del XIX, y acaso hasta la llegada de Franco al poder, fue un factor de discordia y división, en la etapa de la transición se convirtió en un elemento cohesivo que facilitó la transformación pacífica de España.
- Los sindicatos también renunciaron a posiciones maximalistas que pusieran en peligro el sistema económico. Pactaron sus beneficios y las subidas salariales con las asociaciones patronales y hubo una cierta paz social que permitió la recuperación de la economía.

## **Dos conclusiones finales**

La primera conclusión a que nos precipita este análisis es que los factores que generaron la transición española no tuvieron demasiado que ver con los valores o principios predominantes en la sociedad, sino con el sentido común y el instinto de conservación de toda la clase dirigente, incluidos en ella gobierno y oposición. Asimismo, la atmósfera internacional, las presiones, la experiencia y la observación de lo que sucedía en el resto de Europa, contribuyeron decisivamente en la dirección de la moderación.

No obstante, una vez establecida la democracia, consolidado el Estado de Derecho y acreditado por las grandes mayorías el modelo económico de mercado y apertura al exterior, es probable que una parte muy sustancial de los españoles hayan incorporado como suyos los valores y principios que suelen asociarse a las naciones desarrolladas más estables.

En efecto, todas las encuestas realizadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) adscrito a la Presidencia del Gobierno en España, revelan que una inmensa mayoría de los españoles aprecian el sistema democrático por encima de cualquier otra fórmula de gobierno, aborrecen la corrupción, dicen ser tolerantes y confían razonablemente en las instituciones del país. Y tal vez la primera prueba de esa profunda transformación de los españoles se dio hace ya más de veinte años, cuando millones de ciudadanos se volcaron en las calles para protestar pacífica pero indignadamente contra los militares que intentaron dar un golpe de Estado y conculcar la recién estrenada Constitución. Acaso, también por primera vez en su historia, esa inmensa mayoría de españoles sentía que el gobierno que intentaban destruir era *su* gobierno, creado y votado para servir al pueblo, y las leyes que los golpistas intentaban ignorar o violar eran *sus* leyes. La experiencia y la práctica se habían convertido en convicciones, creencias y valores profundamente arraigados. Ya formaban parte de la cultura. Es a partir de este momento en que puede hablarse de una democracia realmente consolidada.

## BIBLIOGRAFÍA

Abella, Carlos. *Adolfo Suárez*. Madrid, Espasa-Calpe, 1997.

Agüero, Felipe y Torcal, Mariano. “Élites, factores estructurales y democratización”, en *Revista de Estudios Políticos*, 80, Madrid, 1993.

Águila, Rafael del. “La transición democrática en España: reforma, ruptura y consenso”, en *Revista de Estudios Políticos*, 25, Madrid, 1982.

Areílza, José María de. *Diario de un ministro de la monarquía*. Barcelona, Planeta, 1978.

Azcárate, Manuel. *Crisis del eurocomunismo*. Barcelona, Arcos Vergara, 1982.

Carrillo, Santiago. *Memorias*. Barcelona, Planeta, 1993.

Castillo, Pilar del (ed.). *Comportamiento político y electoral en España*. Madrid, CIS, 1994.

Dávila, Carlos y Herrero, Luis. *De Fraga a Fraga: crónica secreta de Alianza Popular*. Barcelona, Plaza & Janés, 1989.

Delkáder, Augusto. “Las primeras elecciones libres”, en Juliá, Santos, Pradera, Javier y Prieto, Joaquín, *Memorias de la transición*, Madrid, 1996.

Enrique y Tarancón, Vicente. *Confesiones*, Madrid, Promoción Cultural Cristiana, 1996.

Feo, Julio. *Aquellos años*. Barcelona, Ediciones B, 1993.

Fernández Ordóñez, Francisco. *Palabras en libertad*, Barcelona, Arcos Vergara, 1982.

Fraga Iribarne, Manuel. *En busca del tiempo servido*. Barcelona, Planeta, 1987.

Fuentes Quintana, Enrique. “De los Pactos de la Moncloa a la Constitución” (julio 1977-diciembre 1978)”, en García Delgado, José Luis, (Ed.). *Economía española: de la transición a la democracia, 1976-1986*. Madrid, CIS, 1990.

González, Felipe. *Un estilo ético. Conversaciones con Víctor Márquez Reviriego*. Barcelona, Arcos Vergara, 1982.

Gortázar, Guillermo. “El último franquismo: actitudes y preocupaciones de los españoles según los sondeos del Instituto de Opinión Pública”, en Torres Gómez, Hipólito (Ed.). *Portugal y España en el cambio político (1958-1978)*. Mérida, UNED, 1989.

Herrero de Miñón, Miguel. *Memorias del estío*. Madrid, Temas de Hoy, 1993.

Jáuregui, Fernando. *La derecha después de Fraga*. Madrid, Ediciones El País, 1987.

Leguina, Joaquín y Ubierna, Antonio. *Años de hierro y esperanza*. Madrid, Espasa-Calpe 2000.

Linz, Juan J. “Consideraciones finales”, en Linz, Juan J. Y Montero, José Ramón (Eds.). *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1986.

López Pintor, Rafael. *La opinión pública española: del franquismo a la democracia*. Madrid, CIS, 1982.

López Rodó, Laureano. *Memorias IV: claves de la transición*. Barcelona, Plaza & Janés, 1993.

Miguel, Amando de. *Sociología del franquismo. Análisis ideológico de los ministros de Franco*. Barcelona, Euro, 1975.

Morán, Gregorio. *Adolfo Suárez, historia de una ambición*. Barcelona, Planeta, 1979.

Morodo, Raúl. *La transición política*. Madrid, Tecnos, 1984.

Mujal-León, Eusebio. *Communism and political change in Spain*. Bloomington, Indiana University Press, 1983.

Osorio, Alfonso. *Trayectoria política de un ministro de la corona*. Barcelona, Planeta, 1980.

Peces-Barba, Gregorio. *La elaboración de la Constitución de 1978*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1988.

Pérez Royo, Javier. “La legalización del PCE”, en Juliá, Santos Pradera, Javier y Prieto, Joaquín (Eds.). *Memorias de la transición*. Madrid, Taurus, 1996.

Powell, Charles. *España en democracia, 1975-2000*. Barcelona, Plaza & Janés, 2001.

Pradera, Javier. “La dictadura de Franco: amnesia y recuerdo”. *Claves de la razón práctica*, 100., Madrid, 2000.

Prego, Victoria. *Así se hizo la transición*. Barcelona, Plaza & Janés, 1996.

Sarasqueta, Antxon. *Después de Franco, la OTAN*. Barcelona, Plaza & Janés, 1985.

Semprún, Jorge. *Autobiografía de Federico Sánchez*. Barcelona, Planeta, 1977.

Silva Muñoz, Federico. *Memorias*. Barcelona, Planeta, 1993.

Soriano, Manuel. *Sabino Fernández Campos. La sombra del rey*. Madrid, temas de Hoy, 1995.

Tusell, Javier. *La dictadura de Franco*. Madrid, Alianza, 1988.

VV.AA. *Historia de la transición. Diez años que cambiaron a España*. Diario 16, Madrid, 1985.

